

el círculo. Dos meses después, vuelve á abrirse, empieza nuevamente la farsa y tiene el mismo desenlace.

Esta es una de las llagas vivas de Marsella, llaga que va siempre ensanchándose más: los círculos tienden á ser garitos, abismos donde desaparecen la hacienda y el honor de los imprudentes. Una vez probadas las punzantes alegrías del juego, los demás placeres parecen insípidos. Cada semana ocurre un nuevo suceso, una queja se presenta á la autoridad.

Son comerciantes que se arruinan y luego comprometen los capitales confiados á su probidad; suspenden los pagos, se declaran en quiebra, y arrastran consigo en la ruina, á los que han tenido fe en su honradez.

Modestos empleados, los cuales tienen apetitos de lujo y libertinaje, que sus honorarios no pueden satisfacer. En su derredor ven á gente rica revolcarse en los goces, tener queridas, trenes, agotar los ruidosos placeres de la vida; despiértase su envidia, quieren llevar la misma existencia. Primero juegan los pocos cuartos que les pertenecen, y si la suerte no les favorece roban á sus principales. Contaban últimamente una historia característica. Un empleado, al cual su principal entregó algunos miles de francos para pagar en la aduana los derechos de ciertas mercancías, fué por la noche á un círculo y perdió el dinero que le habían confiado. Aquello fué la locura de un instante, pues el empleado era un buen muchacho que había tenido una tentación. El patrono le amenazó con denunciarlo todo. A tal noticia, los socios del círculo se reunieron y devolvieron la cantidad robada. Habiéndose efectuado el pago, el empleado firmó una letra á la orden del cajero del círculo, y éste nunca persiguió al pobre empleado, el cual jamás pudo pagar.

¿Esta benevolencia de los jugadores no es una confesión?

Comprendieron que todos eran solidarios del abuso cometido, y echaron tierra al asunto para que la justicia no fuera á estorbarles en la satisfacción de sus pasiones.

En ese mundo de locura, entre aquellos apasionados jugadores, introdujo Sauvage á Mario.

## XIV.

## En que Mario gana 10.000 francos

El círculo Corneille era uno de esos garitos autorizados, de los cuales fué hecha mención en el capítulo precedente. En principio, debía estar únicamente compuesto de socios admitidos por mayoría de votos, que pagaban una cuota de 25 francos, pero, en realidad, todos podían entrar y jugar. Para salvar las apariencias, al principio, fijaban en un espejo los nombres de los recién llegados, ó exigían á los extraños una tarjeta de presentación, procedente de alguno de los socios. Luego fueron descuidadas tales precauciones y entraba cualquiera.

El maestro, sin duda, era un hombre honrado, incapaz de cometer una bajeza, pero la costumbre de los placeres le había hecho contraer peligrosas amistades. Decía francamente que le agradaba más vivir con pillos que con gente honrada, pues los hombres honrados le aburrían, mientras los pillos le hacían reír. Buscaba instintivamente las malas compañías, donde podía desahogarse á su sabor, divertirse como él lo entendía, es decir, armando un escándalo de todos los diablos. Bajo su aire bonachón, ocultaba una astucia y una prudencia raras: nunca se comprometía, jugando poco, alejándose tan pronto como corría un peligro cualquiera. No ignoraba la indignidad de la mayoría de los frecuentadores del círculo Corneille; iba allí porque encontraba á mujeres fáciles y podía satisfacer sus apetitos de plebeyo enriquecido.

Sauvaire y Mario, después de subida una estrecha escara, llegaron al primer piso, á una espaciosa sala donde había una veintena de mesitas de mármol. A lo largo de las paredes, encontrábanse divanes de terciopelo encarnado y, en el medio, algunas sillas de victoria; parecía una sala de café. En el fondo veíase una gran mesa, cubierta de paño verde, y encima unos galones encarnados formaban dos cuadros; entre ellos estaba un cestito, en que se echaban los naipes que habían servido. Aquella era la mesa de juego rodeada de asientos. Mario, al entrar, echó una mirada de asombro á la sala. Ahogábase como un hombre que acaba de caer al agua. Parecía que entrase en una caverna, donde unas fieras iban á devorarle. Latíale el corazón con gran fuerza, sudaba frío. Una timidez, mezclada de repugnancia, obligábale á quedarse inmóvil, torpe, cortado.

En aquel momento no había casi nadie: algunos hombres bebían, dos mujeres hablaban con animación en voz baja. Todavía no estaban encendidas las luces de gas, destinadas á alumbrar la mesa de juego.

—¿Qué queréis tomar?—preguntó Sauvaire á Mario.

—Lo que queráis,—respondió maquinalmente el joven, mirando la mesa de juego con curiosidad medrosa.

El maestro mandó traer cerveza. Se acomodó en un diván y encendió un cigarro.

—Allí está Clairon y su amiga Isnarda,—exclamó de pronto notando á las dos ramerás que hablaban en un rincón, y añadió:—Mirad que amorcillos de mujeres: si quisierais una tan bonita para consolaros de vuestros pesares...

Mario las miró. Clairon llevaba un traje viejo de terciopelo negro, manchado y gastado: era pequeña, morena, marchita; su rostro pálido, sembrado de pecas amarillas, tenía una expresión de cansancio que daba pena. Isnarda, alta, seca, parecía aún más vieja y gastada; su cuerpo, semejante á un esqueleto, amenazaba horadar en los hombres el traje de seda desteñida que llevaba. Mario no concebía la apasionada admiración de Sauvaire por aquellas criaturas; volvió la cabeza con disgusto. Se le representaba en la imaginación el fresco rostro de Josefina, y avergonzábale de encontrarse en semejante lugar.

Las mozas, cuya atención había llamado la voz de Sauvaire, se echaron á reír.

—Son muchachas avispidas,—murmuró el maestro:—imposible fastidiarse con ellas... ¿Queréis que esta noche nos las llevemos?

—¿Pero no hay juego?—preguntó Mario con impaciencia.

—¡Ay! ¡Y qué prisa tenéis! Habrá juego por cierto, y hasta mañana, si queréis.

Llegaron poco á poco los habituales concurrentes. Un mozo encendió el gas, y varios hombres fueron á sentarse á la mesa de juego. Las ramerás se pusieron á recorrer la sala, dirigiendo sonrisas á los hombres que conocían; acabaron por sentarse cerca del banquero que tenía la baraja, esperando, sin duda, espigar algunas piezas de veinte francos.

Sauvaire aproximóse á los jugadores.

Mario quedó un instante de pie, estudiando el juego. Inclínóse luego hacia su compañero y le dijo:

—Explicadme, por favor, cómo se hace eso.

Rióse mucho el maestro por la sencillez del joven, y respondió:

—Amigo, es muy fácil. Sentáos, colocad vuestra apuesta en uno de esos cuadros. Mirad ahora: el banquero se vale de dos barajas de diferentes colores, cada una de cincuenta y dos naipes; dá dos á cada cuadro y guarda dos para sí. Los dieces y las figuras no valen; el punto más elevado es el nueve, y todo consiste en acercarse cuanto sea posible á ese punto... Si tenéis más que el banquero, habéis ganado; si tenéis menos, habéis perdido... He aquí todo.

—Pero,—dijo Mario,—veo jugadores que piden un naípe.

—Sí, es lícito pedir un naípe para arreglar el juego... á veces sale peor... Yo os aconsejo quedaros siempre en el seis: es punto bonito.

—¿No jugáis vos?

—Yo, no, á fe; prefiero reír con Clairon.

Y se fué á rondar cerca de la morena.

—Señores, haced juego,—dijo el banquero.

Mario colocó estremeciéndose, cincuenta francos en la mesa. Había rasuelto arriesgar sus cien francos en dos golpes.

—No va más,—dijo el banquero.

Dió los naipes. Mario debía levantarlos. Así lo hizo con aire atontado y miró: tenía cinco. Descubrieron el juego. El banquero tenía tres. Un murmullo de asombro corrió en derredor de la mesa. Mario había ganado.

Desde aquel momento el joven vivió como en sueños. Durante más de cinco horas quedó allí, abatido, aplastado, dormecido por la monotonía del juego, ganando casi siempre, y perdiendo sólo para ganar más. Jugaba con un atrevimiento que hacía temblar á todos, y ganaba contra todas las probabilidades.

A su lado estaba un hombre anciano, el cual lo miraba con envidia y estupefacción. Acabó por preguntarle en voz muy baja:

—Señor, ¿queréis hacerme el obsequio de decirme cual es vuestra mascota?

Mario no entendió. Mascota, entre los jugadores provenzales, es una especie de talismán contra la mala suerte.

Pareció ofendido el viejo por el silencio de Mario.

—No creo haber sido indiscreto,—continuó,—tenía curiosidad de saber lo que os proporciona tal vena, yo no hago misterio de ello: he aquí mi mascota.

Enseñó el interior de su sombrero, donde había una imagen de la Virgen.

Sauvaire, maravillado por la suerte de su compañero, se colocó detrás de su silla. Clairon é Isnarda le habían seguido y se apoyaban familiarmente en el respaldo de la silla de Mario. Como las aves de rapiña, acudieron al olor del oro.

Dieron las cinco. Los jugadores habían ido retirándose unos tras otros. Mario acabó por encontrarse solo. Tenía delante su ganancia: 10,000 francos.

Habría jugado más, pues faltaban 5,000 francos á la cantidad necesaria, pero no había nadie. Sin embargo, á su lado, sentado delante de una mesita, descubrió á un hombre, que toda la noche había mirado el juego sin jugar.

—Señor,—dijo á Mario el desconocido,—¿queréis jugar conmigo una partida de descarte?

Mario iba á aceptar, pero Sauvaire, que no le había abandonado, le cogió por el brazo y le dijo en voz baja:

—No juguéis.

Interrogó el joven al maestro con la mirada

—No juguéis,—repitió,—si queréis guardar lo que habéis ganado. Por el cielo, rehusad y veníos aprisa... luego me daréis las gracias.

Como Mario vacilase, el maestro respondió en su nombre:

—No, señor Félix; mi amigo está muy cansado... Hasta la vista, señor.

Muy disgustado pareció Félix: miró á Sauvaire como si dijera:—¿En qué os metéis?

El maestro no había soltado al joven. Cuando estuvieron en la calle, éste preguntó:

—¿Por qué no me habéis dejado jugar?

—Porque no quise que aquel caballero os quitase los diez mil francos que habéis ganado.

—¿Es un fullero, pues?

—Eso no.

—Habría ganado entonces.

—Nada de eso: habríais perdido... Los cálculos del señor Félix son ciertos... He aquí su procedimiento. No juega en toda la noche. A última hora, cuando los jugadores están rendidos, calenturientos, convida á uno de ellos á una partida de descarte. Es un juego en que se necesita inteligencia, sangre fría. Félix es prudente, tiene la cabeza descansada; su adversario está ofuscado, ni ve los naipes, y en pocos golpes está despojado.

—Comprendo, y os doy las gracias.

—El tal Félix ha ganado mucho dinero con su sistema; que practica todas las noches.

Iba á alejarse Mario, cuando sintió un brazo, que se apoyaba en el suyo. Volvióse y reconoció á Isnarda. Clairon acababa de tomar el brazo de Sauvaire. Las dos mujeres les habían seguido, esperando atrapar algo de la importante cantidad que llevaba Mario. Les parecía un necio, fácil de engañar.

Isnarda dijo como mofándose:

—Señores, ¿os váis á acostar ya?

Mario retiró el brazo con una repugnancia que no trató de ocultar.

—¿Queréis que os pague el desayuno, hermosa?—preguntó Sauvaire,—no tengo inconveniente, pero con tal que seáis muy divertidas. ¿Os venís con nosotros, Mario?

—No puede ser.

—No quiere,—dijo Clairon.—Es lástima: nos habría pagado el champagne: es un deber.

Mario sacó algunas monedas de oro, que partió entre Clairon é Isnarda; luego dijo:

—Hasta la noche, Sauvaire.

El maestro respondió:

—Hasta la noche.

El joven fué en seguida á su casa, se acostó y durmió de un tirón hasta las dos de la tarde.

Abriendo los ojos, vió encima de la cómoda el dinero, y se asustó. Tuvo miedo de haberse vuelto jugador, pues su primer pensamiento, al despertar, fué volver al garito. Iba repitiendo:

—No es cierto: no puedo ser presa de esa horrible pasión, no puedo haber llegado á ser jugador de la noche á la mañana; juego para Felipe, no juego para mí. No se atrevió á dirigirse más preguntas.

Luego le vino al pensamiento Josefina. Tuvo que hacer un esfuerzo para no romper en sollozos. Pensó que como tenía ya 10,000 francos, no era necesario volver al garito; fácilmente encontraría otros 5,000 y no arriesgaría perder lo que había ganado.

Se vistió y bajó á la calle. Su cabeza estallaba. Tampoco pensó ir á su despacho, entró en un restaurant y no pudo comer. Todo daba vueltas á su alrededor, y á veces se sentía ahogar, como si de improviso le hubiese faltado el aire. Cuando llegó la noche, maquinalmente, paso á paso, dirigióse al círculo Corneille.

## XV

## Como Mario tuvo sangre en sus manos

Entrando en la sala, Mario vió sentado en una mesa á Sauvaire, entre Clairon é Isnarda. El maestro no se había separado de las dos rameras desde por la mañana. Levantóse y fué á estrechar la mano al joven.

—Amigo,—le dijo;—mucho habéis perdido no viniéndoos con nosotros... nos hemos divertido como locos. ¡Esas muchachas tienen una chispa! Harían reír á las piedras... así me gustan á mí las mujeres.

Arrastró á Mario á la mesa donde Clairon é Isnarda bebieron cerveza. El joven se sentó á regañadientes.

—Señor,—dijo Isnarda,—¿queréis que me asocie con vos esta noche?

—No,—respondió secamente.

—Hace bien rehusando,—gritó Sauvaire.—Quieres hacerle perder, querida... ya conoces el refrán: «Dichoso en amor, desgraciado en el juego».

Y añadió en voz baja, dirigiéndose á su compañero:

—¿Por qué no la tomáis por querida? ¿No veis cómo os mira?

Mario, sin responder, se levantó y fué á sentarse ante la mesa de juego. Organizábase una partida, y él ansiaba experimentar las emociones de la víspera.

Quiso seguir la misma táctica. Puso cincuenta francos en la mesa y perdió; puso cincuenta más y los perdió también.

Perdió cinco veces seguidas. Sauvaire, que seguía el juego, le dijo en voz baja:

—No juguéis esta noche; perderéis todo lo ganado ayer. El joven no escuchó aquel consejo. En un ahora, había perdido 4,000 francos.

Sauvaire, que no le perdía de vista, le dijo:

—El banquero se retira. Tomad su sitio; tal vez cambie la suerte.

Así lo hizo Mario, y la partida se reanudó.

El joven perdió dos veces seguidas. El maestro le dijo en voz baja:

—Os están robando.

—¿Cómo?

—Levantáis los naipes al darlos; los que juegan los ven pasar y conocen vuestro juego.

En efecto, teniendo esto en cuenta, ganó una bonita cantidad, luego volvió á perder. Establecióse entonces una suerte de equilibrio entre ganancias y pérdidas.

Sauvaire rondaba próximo á la mesa para que su amigo fuese robado lo menos posible. Este tenía delante á un muchacho muy joven, que jugaba poco, y que sin embargo debía haber ya ganado una cierta cantidad; siempre que perdía, ponía delante solamente una pieza de cinco francos, pagaba en sueltos y guardaba la pieza, pues decía que era una mascota.

El maestro le miraba con desconfianza. Observó por fin que escondía una pieza de oro de veinte francos bajo la de cinco, que era de plata; cuando ganaba, enseñaba las dos y guardaba los veinticinco francos; cuando perdía, dejaba la pieza de oro oculta bajo la de plata y á Mario daba sólo cinco francos. Muy frecuente es, en los garitos de Marsella, este procedimiento.

—Espera, espera,—murmuró Sauvaire,—ahora te cogeré.

Al siguiente golpe, Mario ganó. El fullero preparábase á darle cinco francos sueltos, pero Sauvaire, alargando el brazo, separó la pieza de cinco francos y descubrió la de oro que ocultaba.

—Señor,—le dijo,—hacéis trampas. ¡Fuera de aquí! No se inmutó el fullero.

—¿En qué os metéis?—dijo con insolencia.

Dejó en la mesa los veinticinco francos, se levantó, dió

una vuelta y se retiró muy tranquilo. Los jugadores se contentaron con refunfuñar.

Mario palideció. Tan bajo pues había caído, que jugaba con ladrones. Desde aquel momento no hizo más que cometer faltas enormes: perdió, y casi estaba satisfecho de perder. El dinero le quemaba las manos; deseaba concluir y marcharse con los bolsillos vacíos.

Ya no tenía más que dos ó trescientos francos delante. A su lado estaba un joven, el cual, perdiendo, poníase siempre más pálido y hosco. Delante tenía al principio una regular cantidad, y con la vista seguía desesperado cada pieza de oro, que del montón se separaba.

Mario le había oído, varias veces, pronunciar palabras de angustia, y comprendía que tratábase de algún drama espantoso.

Un último golpe acabó de despojar á su vecino, el cual quedó inmóvil, con el rostro contraído. Luego sacó del bolsillo una pistola, púsose el cañón en la boca y tiró. Oyóse el golpe, saltó la sangre, y unas anchas gotas salpicaron las manos de Mario.

Todos los jugadores se habían levantado despavoridos. El cadáver cayó sobre la mesa, con los brazos doblados, la cabeza colgando.

Después de haber atravesado el cuello, la bala había salido á la derecha, debajo de la oreja; allí veíase un agujero del cual salía un chorro de sangre. Formóse una charca en el tapete verde, y en ella se mojaban los naipes abandonados.

—¿Conocéis á ese desgraciado?—preguntaba un jugador.

—Según creo, era un dependiente cobrador de la casa Lambert y C.<sup>a</sup>

—Su familia es honrada. No hace seis meses, su hermano compró un bufete de procurador.

—Se habrá apropiado una cantidad importante, y he aquí porqué se mató, después de haberla perdido.

—De todos modos, podía haberse matado en otra parte. En veinte minutos llegará la policía y cerrará el círculo.

—Esas gentes que tienen la manía de matarse, son terribles. Aquí estábamos bien, jugábamos sin molestias. Ahora, es preciso mudarnos.

—¿Han ido á avisar al comisario?

—Sí.

—Yo me escurro.

La fuga fué general. Los jugadores tomaron sus sombreros y se deslizaron prudentemente por la escalera.

Mario había quedado al lado del cadáver. Erizábanse sus cabellos, aparecía la locura en su mirada. En la mano tenía aún la baraja. De improviso la tiró, sacudió sus manos teñidas de la sangre del suicida y huyó precipitadamente lanzando un ronco grito.

Tampoco recogió los pocos centenares de francos que aun le quedaban.

En la sala estaban únicamente las dos rameras con el muerto. Sauvaire había sido uno de los primeros en escabullirse.

Estando ya solas las dos, Isnarda dijo, aludiendo al dinero abandonado:

—Partamos.

—Sí, desde luego; ¿para qué ha de coger este dinero la policía?

Las monedas manchadas de sangre desaparecieron en sus bolsillos. Secáronse los dedos con sus pañuelos, y escaparon á todo correr.

Mario atravesaba las calles silenciosas y desiertas como un demente. Figurábasele que la sangre, que había salpicado sus manos, le quemaba, y experimentaba un verdadero dolor físico. Quiso sumergirlas en el mar, pues así esperaba aliviar aquel sufrimiento.

Otras veces se le ocurría que él mismo había matado al desgraciado suicida para quitarle los 15,000 francos del rescate, parecía oír los pasos de los gendarmes, que le perseguían.

Así llegó á la plaza de los Huevos. Entonces pensó en Josefina que era muy madrugadora y podía estar ya en su puesto. ¿Qué pensaría al verle manchado de sangre? Le interrogaría á él no acertaría siquiera á contestar, pues las ideas confundíanse en su cabeza. Lo único cierto era que le quemaban las manos.

Bajó por las calles estrechas y rápidas que conducían al puerto.

Por fin vió las negras masas de los barcos. Corrió por los lisos y blancos adoquines, y no encontrando un bote,

tuvo la delirante idea de echarse al agua para calmar el dolor de sus imaginarias quemaduras.

Pero acabó por descubrir un barquichuelo amarrado al muelle. Saltó dentro, púsose de bruce, sumergió las manos y los brazos en el agua.

Escapósele un profundo suspiro de alivio. La frescura del agua calmaba su calentura, las olas lavaban las manchas de sangre que tan dolorosamente le mordían.

Así permaneció un largo rato, olvidándolo todo, ignorando por qué estaba allí. A veces, sacaba del agua sus brazos y frotábase las manos con furor, las miraba y las volvía á frotar. Seguía creyendo ver en la piel anchas manchas rojas. Luego volvía á sumergir los brazos, agitando blandamente el agua, gozando con el frío que le penetraba y sacudía con estremecimientos.

Pasó una hora, y aun estaba allí, pensando que nunca había bastante agua en el mar para lavar sus manos.

Sin embargo, poco á poco calmáronse sus atropelladas ideas, experimentó pesadez en la cabeza. Parecióle que su cráneo estaba vacío. Corrían por su miembros unos fríos estremecimientos. Maquinalmente, paso tras paso, llegó á la calle Santa, sin pensar en nada. Ya no sabía ni de donde venía ni lo que había hecho. Acostóse y fué atacado por una terrible calentura.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

### El devocionario de la señorita Clara

Mario estuvo en cama tres semanas presa de un violento delirio. Tuvo una calentura cerebral aguda, que comprometió gravemente su vida. La juventud y los tiernos cuidados, de los cuales fué objeto, le salvaron.

Un día, en la hora del crepúsculo, abrió los ojos teniendo ya la cabeza despejada. Parecióle salir de una noche profunda.

No sentía su cuerpo, tanta era su debilidad; pero había desaparecido la calentura, despertábase su pensamiento, aunque algo vacilante.

Las cortinas de la cama estaban corridas. Una blanda luz pasaba á través del blanco lienzo. El cuarto silencioso estaba ligeramente perfumado. Se incorporó y vió deslizarse una sombra detrás de las cortinas.

—¿Quién está ahí?—dijo con voz sumamente débil.

Una mano apartó las cortinas con lentitud, y Josefina, viendo á Mario incorporado, exclamó con alegría:

—¡Alabado sea Dios! Amigo mío, estáis salvado.

Y se puso á llorar. El enfermo todo lo comprendió. Alargó sus manos enflaquecidas á la joven.

—Gracias,—la dijo.—Yo comprendía que estabais ahí... Creo haber tenido un horrible sueño; ahora lo recuerdo, en medio de ese sueño os veía inclinada, mirándome como una madre. ¿He estado muy enfermo? ¿no es cierto?

—Ya se acabó: no pensemos más en cosas tristes,—dijo la ramilletera.—¿A dónde habíais ido, amigo mío? las mangas de vuestra levita estaban todas mojadas.

Mario se pasó la mano por la frente.

—¡Ya recuerdo!—exclamó.—Es una cosa horrible.

Refirió entonces á Josefina la historia de las dos noches de juego, y concluyó diciendo:

—Recibí una lección terrible, que me curó para siempre de tan repugnante pasión, pues temí ser jugador.

Detúvose y preguntó inquieto:

—¿Cuánto tiempo he estado enfermo?

—Unas tres semanas,—respondió.

—¡Ay! ¡tres semanas perdidas! ya no faltan más que veinte días.

—No tengáis miedo: pensad en recobrar las fuerzas.

—¿Ha pedido noticias más el señor Martelly?

—He ido yo á verle: todo está arreglado. Ahora no queda más remedio que pedir el dinero prestado al señor Martelly: por ahí debíamos haber empezado... Todo irá bien... Dormid ahora, y basta de hablar, el doctor lo ha prohibido.

La convalecencia adelantaba rápidamente.

Al cabo de ocho días, Mario dió un paseito con Josefina por el Paseo Bonaparte.

Al día siguiente, Mario quería ir á su despacho, y Josefina tuvo que enfadarse para que descansara aún dos días. Ansiaba ver al armador, sondear el terreno.

Pasaron pues los dos días, Mario volvió á su obligación, y Martelly le recibió con paternal cariño. El joven se avergonzaba pensando que muy próximamente le iba á pedir un préstamo importante. Mirábale el buen armador sonriendo.

—He visto á la señorita Josefina,—le dijo,—es una persona muy simpática, un buen corazón... Debéis quererla mucho, amigo mío.

El cuarto en que trabajaba Mario estaba frente á las habitaciones del armador. A veces los visitantes se engañaban y llamaban á su puerta. Aquella mañana misma, oyó dos golpecitos y gritó:

—¡Adelante!

Un hombre cubierto con un gran levitón negro, se pre-

sentó. Tenía el rostro rasurado, movíase con lentitud y tenía unos ademanes humildes y recelosos.

—¿La señorita Clara?—preguntó.

Mario, ocupado en examinarle, no respondía; pensaba en dónde había podido ver á aquel devoto personaje.

El hombre, vacilando, acabó por sacar de uno de sus bolsillos un devocionario encerrado en un estuche.

—La traigo,—dijo con voz de flauta,—un devocionario que olvidó ayer noche, en mi confesonario

Mario seguía preguntándose á sí mismo:

—¿Dónde he visto yo esa cara de gazmoño?

El hombre adivinó el pensamiento del joven y dijo:

—Soy macero en la iglesia de San Víctor.

Estas palabras fueron un rayo de luz para el joven. Recordó haber visto al individuo en la sacristía, un día que fué á buscar al padre Chastanier. Un extraño presentimiento le hizo preguntar:

—¿Es el señor Donadei quien os envía?

—Sí, señor.

—¡Bueno! yo mismo entregaré el devocionario á la señorita Clara.

—Es que el padre me encargó expresamente remitirlo á la misma señorita.

—Muy pronto le será remitido. Tal vez no esté levantada aún, y le molestaríais.

—¿Prometéis, pues, entregarlo puntualmente?

—Sí, por cierto.

—Decid á la señorita que ayer el padre Donadei encontró este devocionario en su confesonario y que me encargó devolvérselo... El padre ofrece sus respetos á la señorita.

—Todo se lo diré, perded cuidado.

El macero depositó el libro encima del escritorio y se retiró después de hacer una profunda cortesía. En la puerta ya, parecía vacilar aún.

Cuando se hubo marchado, Mario pensó con sorpresa en el empeño de aquel hombre de llegar á la señorita Clara. Recordó los elogios de Donadei á la joven hermana de Martelly. Miraba el devocionario reflexionando.

Con movimiento casi involuntario sacó el libro de su estuche. Era uno de esos tomos casi cuadrados, montado en plata. En la tapa estaban las iniciales de la joven.

Contemplaba Mario el libro, revolviéndolo entre sus ma-

ños, y de pronto vió un delgado papelito, que salía de entre las apretadas hojas. Abrió el devocionario y encontró, desde luego, una hoja doblada en cuatro.

Aquel papel era de color de rosa, y de él se desprendía un vago olor á incienso. Mario iba á colocarlo donde antes estaba, pero la inicial D y una cruz en relieve le llamó la atención. Lo desplegó y leyó lo siguiente.

«Alma querida, vos, cuya salvación me ha confiado el Señor, escuchad, os ruego, el proyecto que he formado por vuestra eterna ventura. No me atreví comunicaros ese proyecto de viva voz, temiendo ceder demasiado á las emociones dulcísimas que en mí despierta vuestra santidad.

No podéis permanecer en la casa de vuestro hermano: es un lugar de perdición, Martelly está entregado al culto abominable de los ídolos modernos. Venid, venid conmigo. Iremos á una soledad, y os entregaré en las manos de Dios.

Tal vez mis lágrimas, mis estremecimientos os han revelado el secreto de mi corazón. Os amo como la Santa Iglesia, nuestra madre, ama á las almas cándidas que á ella se entregan. Cada noche sueño con vos, nos veo enlazados en abrazo celestial, y los dos subimos al Cielo cambiando besos angelicales.

No resistáis al llamamiento de Dios. Venid, venid. Hay una religión superior, que nosotros no revelamos al vulgo, esta religión encadena á las criaturas por parejas; hace esposos y no mártires.

Acordáos de nuestras conversaciones, pensad que os amo y venid. Os aguardo en mi casa: una silla de postas estará prevenida en una calle próxima.»

Mario quedó aturdido después de tal lectura. El padre Donadei proponía á la señorita Clara nada menos que robarla. Ciertamente es que su carta dominaba una niebla de incienso, un misticismo libertino y nebuloso, que ocultaba el sentido brutal del pensamiento bajo la dulzura devota de las palabras; la idea estaba parafraseada, diluida en ese estilo barroco de que se valen algunos; pero Donadei no había podido sin duda encontrar un velo religioso para hablar de la silla de postas, y su hipócrita epístola termina ha vulgarmente con un ofrecimiento chabacano, sobre el cual no era posible engañarse. Ciertamente un deseo vio-

lento había debido arrebatarse al elegante cura y hacerle olvidar la recelosa prudencia que le guiaba en todos sus actos.

El empleado leyó y releyó la cartita, reflexionando en lo que debía hacer. Estaba escandalizado, enojado.

Ignoraba el mal que podía haber sido cometido, no sabía lo que pensaba la señorita Clara y temía que Donadei, en la misteriosa sombra del confesonario, hubiese ya logrado turbar el corazón de la joven. Quería saber, antes de herir al cura, si tal vez perjudicaría á la víctima. Por nada en el mundo habríase arriesgado á provocar un escándalo, que habría sin duda alguna matado al señor Martelly.

Resolvió castigar al padre de un modo original, si era él sólo quien mereciese castigo. Tomó el devocionario y se dirigió al cuarto de la señorita Clara, temblando de sorprender en su rostro una emoción acusadora.

## XVII

**En que Sauvair se propone reír con su dinero**

señorita Clara Martelly era una joven alta y hermosa, de veintitres años, que las circunstancias habían llevado á la devoción. Debió casarse con un primo suyo, que se había desgraciadamente ahogado en Eudoume, en una partida de campo. La desesperación la aproximó á Dios, y poco á poco había gozado tales dulzuras frecuentando las iglesias, que su dolor se había adormecido.

No era absolutamente su alma devota, era un alma dulce y contemplativa, que la religión había consolado y que mostrábase á ella agradecida. Tal vez algún día fuera posible que volviese á las alegrías del mundo; mientras tanto vivía casi como reclusa, serena, disfrutando de placeres tranquilos. Su hermano, librepensador y republicano, la dejaba practicar á su manera: empleaba su autoridad de jefe de familia únicamente en velar por sus intereses y asegurarla una posición independiente.

Mario la encontró en una sala donde habitualmente trabajaba, haciendo ropitas para niños, que solía regalar á mujeres pobres. La joven conocía á Mario y le trataba afectuosamente, como á un amigo de la familia. Con frecuencia Martelly le había llevado á una finca que poseía por el lado de Estaque, y allí mismo Mario y Clara habían llegado á ser buenos amigos.

La bella devota, viendo entrar al empleado, se levantó ofreciéndole la mano,

—¿Sois vos, Mario?—dijo asombrado.—Estáis curado: el cielo ha oído mis plegarias.

El joven conmovióse ante tan amistoso acogimiento. Miró á Clara y la expresión virginal de sus ojos disipó todas sus dudas.

—Os doy las más rendidas gracias,—respondió,—pero vengo también para devolveros un devocionario que, según parece, habéis olvidado ayer en la iglesia de San Víctor.

—Es cierto,—dijo la joven;—iba á enviar á buscarlo. ¿Y cómo fué á parar á vuestras manos?

—Un macero acaba de traerlo, de parte del padre Donadei.

Clara tomó tranquilamente el libro y lo puso encima de un mueble, sin mostrar emoción alguna. Luego se sentó y dijo:

—A propósito de sacerdotes, vos conocéis, creo, al señor Chastanier.

—Sí,—respondió Mario sorprendido.

—Es un hombre excelente, ¿no es cierto?

—Un noble corazón, un espíritu profundamente piadoso y honrado.

—Mi hermano me hizo de él un gran elogio; pero sabéis que, en achaques de religión, no tengo en mi hermano ilimitada confianza. Con vos es diferente; comprendo que el padre Chastanier es un santo, y desde mañana será mi director espiritual.

—¿Dejáis al padre Donadei?

—Sí le dejo. Es muy joven y tiene un espíritu novelesco... luego he sabido ciertas cosas muy feas.

Clara seguía tranquilamente su labor, y Mario se retiró, convencido de que castigando á Donadei, no perjudicaba á nadie más.

Había guardado la cartita de marras, que habría podido enseñar al señor obispo, pero no lo hizo así: más le agradaba mofarse en persona del padre, que le había cruelmente engañado cuando trató de recomendar á Felipe á su benevolencia. Su plan estaba formado, pero para realizarle necesitaba la ayuda de Sauvaire.

No volvió al despacho después del almuerzo, y fué á buscar al maestro en todos los cafés. Como no le encon-

tró decidióse á preguntar á Cadet donde se escondía su patrón.

—No se esconde, ni acostumbra á hacerlo,—dijo riendo Cadet.—Debe estar en un restaurant de la «Réserve», y apuesto que hace lo posible para que lo vea todo Marsella.

Mario tomó un pequeño bote de paseo, y al llegar á la proximidad de la orilla ya se oían las carcajadas de Sauvaire, sentado á la mesa, en el terrado de un restaurant. Aunque no se le viera, Sauvaire nada omitía para ser oído.

Mario, pues, le encontró en seguida. Allí estaba el maestro con Clairon é Isnarda, sus inseparables compañeras; figurábase parecer más rico arrastrando á dos mujeres consigo. Entonces estaba algo animado por el alcohol, aunque no estuviese del todo borracho.

Vió á Mario y gritó:

—¡Adelante, adelante! Volveremos á empezar el almuerzo. Aquí se está muy bien... es caro, pero todo es bueno y elegante... ¿Qué queréis comer?

—Ya he almorzado hace rato,—respondió el joven— y ahora ya son las tres.

—No importa: siempre se puede comer... Clairon, hija mía, te emborracharás si sigues bebiendo champagne.

Ya no había que temer: era cosa hecha.

Prosiguió Sauvaire:

—Son muy divertidas estas muchachas: he gastado con ellas un caudal, pero no lo siento.

Mario le dijo en voz baja:

—¿Queréis divertirnos mañana por la noche?

—Ya lo creo.

—Gastaréis algunos luises.

—¡Diablo!... ¿y será eso muy divertido?

—Mucho. Gastaréis bien el dinero.

—Aceptado pues.

—Toda Marsella conocerá el lance, y hablarán de vos una semana entera.

—Aceptado, aceptado.

—¡Bueno! Escuchad.

Y le habló al oído, explicando el plan. Un momento después, el maestro se echó á reír tan ruidosamente, que parecía ahogarse. Encontraba muy chistosa la broma.

—Convenido,—dijo cuando Mario hubo concluido su explicación.—Mañana por la noche estaré con Clairon en el baluarte de la Cordelería, á las diez. ¡Será gracioso el sainete!

## XVIII

## Cómo el padre Donadei robó á su alma gemela

Donadei habíase dejado dominar por uno de esos violentos deseos, que se manifiestan á veces en las naturalezas astutas y recelosas. El, tan hábil y prudente como era, acababa de cometer una torpeza. Tuvo conciencia de ello cuando el macero se hubo ya marchado, llevándose el devocionario y la carta amorosa. Desde entonces, vióse obligado á admitir todas las consecuencias de su audacia. Clara le había despertado apetitos, que quería satisfacer, costase lo que costase. Estaba muy por encima de los sagrados deberes de su carácter; pero desde otro punto de vista miraba las cosas humanas. Había tomado parte en tráficos más ó menos honrosos, y no vacilaba en cometer una seducción. Esto para él era lo de menos, lo que le preocupaban eran las consecuencias de la seducción.

Hacia dos meses que había tratado de atraer á su casa á la joven. Luego, cuando ella iba, muy inocentemente, á satisfacer su deseo, había renunciado á tal medio, comprendiendo que semejante intriga no podía llevarse á cabo en el centro de Marsella. Así, poco á poco, llegó á que-

rer arriesgarlo todo, como atrevido jugador; aumentaba su pasión, que no le dejaba sosegar, consentía en cambiar su posición influyente por el libre y entero culto de una mujer; prefería robar á Clara y huir con ella á Italia.

Demasiado astuto é inteligente era Donadei para no reservarse la retirada. Si la joven hubiese acabado por estorbarlo, la habría arrojado á un convento, recobrando la gracia del cardenal su tío. Todo bien calculado y examinado, un rapto le pareció lo más cómodo, el mejor medio, y el que menos peligros ofrecía.

Una sola cosa temía: que Clara no acudiese á la cita, que rehusara fugarse con él. Entonces la cartita era un arma terrible: no tenía á la mujer y podía perder su posición. Pero cegábale el deseo, no veía el tranquilo candor de su hija de confesión, tomaba la adoración que á Dios dirigía por muchas confesiones de amor.

Sin embargo, no le faltaban temores, arrepentíase de haber adelantado hasta el punto que era imposible retroceder. Despertábase su prudencia, su cobardía. Esperó impaciente la vuelta del macero.

—¿Qué hay?—preguntó.

—He entregado el libro.

—¿A la señorita?

—A la señorita.

El macero respondió así sin vacilar. Por el camino sintió haber dado el devocionario á Mario, comprendió que no había cumplido como debía y, para no perder el favor del cura, resolvió mentir.

Esto tranquilizó algún tanto á Donadei. Pensaba que, si la lectura de la carta acaso enojara á la joven, la quemaría. Una simple casualidad, un olvido, había apresurado un desenlace que buscaba desde mucho tiempo. Ahora no quedaba otra cosa que esperar.

La mañana siguiente, recibió la visita de una dama tapada, cuyo rostro no pudo distinguir. La dama le entregó una carta, en la que no había más que tres palabras: «Sí, esta noche». Donadei enloqueció de alegría é hizo los preparativos del viaje. La dama era Clairon.

Cuando fué á reunirse con el maestro, dijo:

—Es guapo ese cura.

—Mejor—replicó Sauvaire.—Pero no hagas locuras, hija mía; piensa que vas á ganar el paraíso.